

Introducción

¿Cómo orientar a la gente joven en su vocación? ¿Qué consejos de fondo dar a una persona que se plantea su decisión de seguir a Cristo en el mundo actual? He aquí el reto que nos planteamos a la hora de escribir este libro. Los autores hemos podido acompañar a muchos jóvenes, a lo largo de los años, en sus decisiones vocacionales: gente joven que se ha entregado a Dios en caminos diversos en la Iglesia. Hemos presenciado sus dudas, vacilaciones, entusiasmos, cansancio, debilidades, fracasos y fidelidad.

Queremos compartir y reflexionar esta experiencia sobre la vocación desde el horizonte intelectual que nos proporciona la tarea universitaria de nuestros respectivos campos: teología, filosofía, exégesis bíblica.

Este texto es una nueva edición, revisada y adaptada, de un libro que los autores publicamos en Ediciones Cristiandad que llevaba por título *Son tus huellas el camino. Reflexiones sobre vocación y libertad*.

La decisión de comenzar un camino vocacional plantea la necesidad de un *discernimiento*, en la mayor parte de los casos nada evidente. Es importante entender con profundidad que los planes eternos de Dios cuentan con la libertad. Él quiere –es voluntad suya al crearnos y tratarnos como *hijos* suyos– que la libertad personal tenga un papel fundamental a la hora de elegir y recorrer el camino de la vocación.

En realidad, ¿qué es la vocación? La vocación es la persona misma que ha sido llamada por Dios: llamada a la existencia, llamada a vivir en Cristo, a una plenitud de vida a la que se llega solo por caminos de amor y servicio. La vocación es la llamada de Dios, única y personal, que somos cada uno. Un encuentro entre la gracia y la libertad, entre la eternidad y el tiempo; un encuentro que se vive como historia real de amor en un camino de vida concreto.

Lejos de ser algo individualista, la vocación cristiana tiene una dimensión *social* y *eclesial* en su núcleo. Dios llama en la Iglesia y, por tanto, también en el mundo. Cada uno tiene una vocación de servicio a los demás, a la Iglesia y a la humanidad entera. La Iglesia y el mundo son, por tanto, el lugar de esta llamada. Ciertamente mi vocación es para mí; pero más aún mi vocación es para los demás.

Toda persona es fruto de una llamada, de una vocación. Dios no excluye a nadie, Dios llama a cada uno a vivir una vida de amor y a alcanzar la plenitud del amor. Esta llamada se recorre por caminos variados –con un carácter más o menos omnicompreensivo de la existencia– que se van concretando en la propia historia. Todos los caminos que vienen de Dios llevan a Dios, van al mismo sitio: al cielo, a la felicidad.

Estos caminos o modalidades concretas de la vida cristiana –a veces denominadas vocaciones *particulares*– lejos de ser algo cerrado y programado de antemano, forman parte de un diálogo lleno de confianza de un Padre con su hijo.

Nada más lejos de la realidad de la vocación, que entenderla como una obligación cerrada, una programación o un diseño preconcebido que no da margen a la decisión libre de la persona. La llamada divina no solo no excluye la libertad, sino que su sentido profundo radica en la confianza y en la libertad. La vocación realmente acontece *en* la libertad humana.

La libertad interviene, no solo en la respuesta sino en la misma configuración del camino vocacional. Esto implica, entendido en profundidad, que seguir una vocación es siempre una historia libre de elección y aceptación, un acoger la voluntad divina en la libertad humana, un diálogo personal transido de amor y confianza.

La vocación, que es siempre iniciativa eterna de Dios, se hace historia concreta en cada persona. El camino se recorre a golpe de mis pisadas libres que siguen con amor las huellas de Cristo en la Iglesia.

La historia de la vocación es una historia de amor y libertad. De ahí que el mayor acto de amor coincide con el mayor acto de libertad: la entrega. «Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos» (Lc 15,13). Ese diálogo de amor y de libertad se da, a la vez, en el tiempo nuestro y en la eternidad divina: en la perspectiva histórica del ser humano y el plan eterno de Dios. Sin mezcla, pero sin oposición.

No estamos programados

¿Está mi vida programada por Dios?

Se podría entender –equivocadamente– que la llamada de Dios a seguir un camino en la vida, lo que se suele llamar vocación, al tratarse de algo previo a mi decisión, deja poco margen a mi libertad personal.

No es infrecuente que algunas personas se planteen una oposición entre vocación y libertad. Si Dios configura y decide mi camino antes de que yo elija –alguno puede pensar–, mi tarea queda reducida a *acertar* con ese plan divino (indagar señales, averiguar mi vocación...). Conservo, eso sí, mi capacidad de decisión para responder afirmativa o negativamente a dicho plan, pero nada más.

La vocación así percibida choca con una sensibilidad, especialmente acusada entre los jóvenes, que rechaza lo impuesto: da la impresión de que Dios ha decidido por mí, ha diseñado y determinado mi vida desde la eternidad. Yo apenas tengo nada que decir, hay poco margen para mi decisión. Y además tengo que cargar con el peso de acertar (¿y si me equivoco?) y de responder adecuadamente (¿y si no lo hago bien?).

Esta percepción rígida y desfigurada, llevada al extremo y sumada a una falta de oración y confianza en Dios, puede conducir a experimentar la llamada vocacional como una *programación* que produce, lógicamente, agobio y rechazo. La mentalidad actual, acertadamente, valora mucho el protagonismo de la propia vida.

La decisión de emprender un camino vocacional (sea en la vida laical o consagrada, en el matrimonio, en el celibato, etc.) plantea al cristiano la necesidad de un *discernimiento*, en muchos casos, difícil y nada evidente. Puede que la persona no se sienta preparada ni madura.

Con el planteamiento vocacional se abren interrogantes de especial calado personal y cristiano, que conviene no esquivar: ¿Acaso mi vocación no tiene que ver con mi libertad? ¿Cómo se puede seguir a Cristo si no es por amor y, por tanto, con absoluta libertad? ¿Por qué no puedo libremente configurar mi propio camino para seguir al Señor?

¡Precisamente se trata de *mi* camino, *mi* vida, que nadie va a recorrer por mí! ¿Cómo es posible que yo no tenga nada que decir?

¿Ya lo ha decidido Dios todo por mí? ¿No ha contado conmigo? ¿Ni siquiera me va a preguntar? Yo confío en Dios, pero, ¿Dios confía también en mí?

Más aún, si la vocación es un camino que da sentido global a mi vida, ¿por qué Dios no me lo muestra con más claridad? ¿Por qué es confuso, y no algo evidente? Si el plan para mi vida está ya configurado, ¿qué pasa si no acierto y elijo un camino distinto y equivocado? ¿Qué ocurre si recorro un camino distinto del previsto y diseñado por Dios? ¿Qué pasa si abandono el camino emprendido?

¿De dónde nace esta aparente oposición entre vocación y libertad?

Esta aparente oposición nace de una cultura excesivamente rígida y competitiva, insegura muchas veces, donde todo se intenta medir, cuantificar, controlar y valorar.

Se tiende a valorar a la persona –alguien único e irrepetible creado por Dios– en función de elementos inferiores a ella: logros profesionales, capacidades intelectuales, cualidades físicas o estéticas, recursos disponibles, éxito en la vida, poder, dinero... y el espejismo de una autorrealización ilusoria que desfigura y falsea el verdadero destino de la persona, que no es otro que el amor, la entrega por amor. La persona está hecha para amar.

Además, la secularización materialista ha abandonado la Revelación como punto de referencia de la vida y del pensamiento. Con el tiempo ha fraguado una imagen falsa de Dios como un ser lejano y tiránico, legislador y controlador. Queda desfigurada la verdad cristiana sobre quién es Dios: realmente Dios es un Padre que me ha creado por amor, a su imagen y semejanza, y que me trata con confianza de hijo; Dios es un Hijo cercano que me ama hasta el extremo de dar su vida por mí, que me acompaña siempre, también en el dolor y en la cruz; Dios es también un Espíritu Vivo, un Amor que lo llena todo y lo impulsa todo.

Con las desfiguraciones culturales sobre Dios, se deteriora también la imagen de la vocación –la voluntad de Dios para mí– que pasa a percibirse como un decreto externo, impuesto o incluso opuesto a la libertad. En muchos casos, una decisión vocacional de entrega a Dios tiene que vérselas con una mentalidad abiertamente contraria en la propia familia o amistades. El entorno social ejerce, en muchos casos, una fuerte presión en contra de la decisión de seguir a Cristo.

Frente a esa tendencia interna a percibir la vocación en oposición a la libertad –un plan programado desde fuera– y el influjo cultural de considerar a Dios como un intruso-competidor, conviene profundizar hoy en el papel central que la libertad tiene en la persona, en su relación con Dios y en la configuración de la propia vocación.

«Hay un plan de Dios para cada uno; pero no estamos «programados»: sería rebajar a Dios a nuestra pobre altura. Nosotros solo podemos programar cosas sin albedrío, y no siempre nos sale bien; Dios, en cambio, es capaz de impulsar nuestra libertad sin violentarla. Dios gobierna la historia humana hasta en los menores detalles; pero la historia depende también de la libertad humana. Esto no es una limitación al poder de Dios, pues Él es el creador de nuestra libertad; más bien manifiesta su infinita sabiduría y omnipotencia, que cumple sus planes no a pesar de la libertad humana, sino contando con ella. El futuro está realmente abierto a la acción de nuestra libertad»².

2. F. OCÁRIZ, *Sobre Dios, la Iglesia y el mundo*, Rialp, Madrid 2013, 122-123.

Dios cuenta con mi libertad

«El Señor siempre quiere que nuestra libertad –con la gracia, que no nos quita la libertad, sino que la perfecciona– tenga un papel decisivo en la respuesta y, por tanto, en la configuración misma de la vocación»³.

Es importante entender con profundidad que los planes de Dios cuentan con mi libertad. Él quiere que mi libertad tenga un papel fundamental a la hora de recorrer el camino de mi vocación que es, definitiva, el camino de mi vida.

La libertad no se reduce a la capacidad de elegir: también por amor se asume libremente lo que no he elegido, incluso lo que no agrada. También soy libre sin nada para elegir, aceptando con amor lo ya dado o elegido. «La libertad como capacidad de elegir remite a algo más fundamental que es el ser libre de la persona»⁴. Además, Dios quiere que mi libertad *configure* de algún modo mi propio camino vocacional. Cuando decido, yo *me* decido a mí mismo. Es un misterio profundo donde confluyen gracia y libertad, eternidad y tiempo.

La vocación es, desde luego, un *plan eterno* de Dios. Tiene su origen en Dios, no en mí. Pero Dios no predetermina unívocamente el plan sin contar con mi libertad, sino que –aunque no acabemos de entenderlo– lo abre en la eternidad a mi decisión en el tiempo ¿Por qué? Porque Dios quiere hijos libres. La libertad es la confianza de un Padre en sus hijos. «Libremente –como hijos, insisto, no como esclavos–, seguimos el sendero que el Señor ha

3. F. OCÁRIZ, *Carta Pastoral 28.X.2020*, n.3.

4. L. CLAVELL, «La libertad ganada por Cristo en la Cruz. Aproximación teológica a algunas enseñanzas del beato Josemaría Escrivá sobre la libertad», en *Romana*, 33, Roma 2001, 248.

señalado para cada uno de nosotros. Saboreamos esta soltura de movimientos como un regalo de Dios»⁵.

Seguir a Cristo en concreto –no en abstracto– exige que cada persona deje su escondite y tome las riendas de la propia vida. Sin libertad no se puede amar. Y, en definitiva, de eso se trata: de amor. La vocación es siempre una llamada al amor personal, un «ven y sígueme», que procede de Dios en Cristo y por amor a los demás. En diálogo con Él, ante su mirada y su voz, es donde la libertad se destina. «También a ustedes Jesús dirige su mirada y los invita a ir hacia Él. ¿Han encontrado esta mirada, queridos jóvenes? ¿Han escuchado esta voz? ¿Han sentido este impulso a ponerse en camino? Estoy seguro que, si bien el ruido y el aturdimiento parecen reinar en el mundo, esta llamada continua a resonar en el corazón da cada uno para abrirlo a la alegría plena»⁶.

Dios ama mi libertad y la hace posible. No quiere sometimiento de esclavos sino obediencia libre de hijos. Lo expresaba poéticamente Charles Péguy poniendo en Dios esta reflexión: «Una salvación que no fuese libre, [...] que no viniese de un hombre libre, ya no supondría nada para nosotros. Qué interés presentaría una salvación así. / Una beatitud de esclavos, una salvación de esclavos, una beatitud sierva, por qué queréis que me interese...»⁷.

Hoy, quizá más que en otras épocas, es necesario resaltar con fuerza el aspecto personal y libre de la vocación, elemento profundamente cristiano, de raíz evangélica.

Detrás de un planteamiento tenso y angustioso de la llamada vacacional –no infrecuente hoy en día– subyacen varios prejuicios

5. San Josemaría ESCRIVÁ, *Amigos de Dios*, n.35.

6. FRANCISCO, *Carta a los jóvenes con ocasión de la presentación del documento preparatorio de la XV Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos*, Vaticano 13.I.2017.

7. Ch. PÉGUY, «El misterio de los santos inocentes», en Id., *Los tres misterios*, Encuentro, Madrid 2008, 398.

que conviene desenmascarar: una imagen falseada de Dios (que a veces se considera como si fuera un ser extraño para mí en vez del Padre amoroso que realmente es), una tematización pobre de la persona y de la libertad (cada persona es *imagen y semejanza* de Dios); y un error de perspectiva teológica, que tiende a sobrevalorar (incluso monopolizar) la importancia del camino o modalidad vocacional en detrimento de la consideración de la vocación personal, que es su raíz originaria.

Dios elige y llama eternamente a cada persona por su nombre –cada quien es único–, y cuenta con ella para una misión de amor en la tierra, que nace de las necesidades del corazón de Cristo en su Iglesia y en el mundo.

Una llamada que resuena eternamente en mi intimidad, como eco de mi creación personal. Una vocación que soy yo mismo, alguien único e irrepetible. Una llamada que tiene su origen en Dios, que acoge en la eternidad mis propias decisiones en la vida: misterio de la confluencia de gracia y libertad, tiempo y eternidad. Una respuesta que es mi aceptar libremente ser quien verdaderamente soy (y seré), ante Dios y ante los demás, con alegría, con humildad, con fidelidad.

Esa aceptación libre es, precisamente, la obediencia cristiana. «La verdadera obediencia es una consecuencia de la libertad... la obediencia cristiana revierte en una libertad cada vez mayor»⁸.

8. F. OCÁRIZ, *Carta Pastoral 10.II.2024*, n.1.